

XI CEN Jesucristo, Pan de Vida y Comunión para nuestro pueblo

Jesús, Palabra y Pan de Vida El Don de Dios que nos hace en comunión

[Pbro. Gerardo José Söding]

1. Desde el principio, desde la Palabra (Palabra e Iglesia)

¹Lo que existía desde el principio,
lo que hemos oído,
lo que hemos visto con nuestros ojos,
lo que hemos contemplado
y nuestras manos han tocado
acerca de *la palabra de la Vida*
²—porque la Vida *se ha manifestado*
y hemos visto y *testimoniamos*
y *les anunciamos* la Vida eterna,
que existía junto al Padre
y que se nos ha manifestado—
³lo que hemos visto y oído
se lo anunciamos también a ustedes,
para que tengan *comunión* con nosotros.
Y nuestra *comunión* es con el Padre
y con su Hijo Jesucristo.
⁴Les escribimos esto
para que nuestra alegría sea completa. (1 Jn 1,1-4)

Estas palabras diseñan el atrio literario de la llamada “primera carta de Juan”. Ellas, esenciales y relacionales, sintetizan la misión de la Iglesia a partir de la revelación, de la que nos indican:

1. *el objeto*: la Vida eterna, que es el atributo más radical de Dios, inseparable de la Luz y de la Palabra.
2. *el modo*: la manifestación. Se remite a la experiencia del principio: ellos han visto, han tocado y han oído a Jesucristo y en Él a Dios, su Padre. La sustancia de la revelación no ha consistido en la enseñanza de una doctrina; ha sido la venida de una Presencia entre los hombres. Se invita así a superar la oposición entre revelación por palabra y por visión.
3. *la transmisión*: un testimonio. Dios no ha manifestado su gloria a algunos para goce privado o perfección individual. Lo recibido ha de transmitirse. Al recibir el testimonio, entramos en comunión. Es la Palabra de Dios la que crea el Pueblo de Dios, los creyentes.
4. *la finalidad última*: es la comunión con Dios. Pues la comunión con Dios y la comunión entre los fieles no son sino dos aspectos de la misma realidad: la participación de la Vida eterna. Y esto es un puro don: *Dando revelat, et revelando dat* (S. Bernardo, *Sermón sobre el Cantar* 8,5). No se pueden disociar, ni siquiera al pensarlos, la manifestación que Dios hace de sí mismo y el don que hace de sí mismo; la revelación y su fin.

En el texto bíblico, una comunidad (nosotros) se dirige a otra comunidad (ustedes) para anunciarle una *vida eterna*. Lo que los primeros han experimentado (visto, tocado y oído), la vida que los ha constituido como comunidad, que los ha hecho un “nosotros”, *eso* es lo que anuncian. No para informar o dar instrucciones, no para

conquistar adeptos a una causa, sino para que haya comunión, una comunión entre comunidades, los que anuncian y los que reciben ese testimonio, una comunión que realiza en la historia la comunión divina, con el Padre y con su Hijo Jesucristo [en el Espíritu Santo, se precisará luego].

Hace apenas cincuenta años, el Concilio Vaticano II, a pocos días de su clausura, promulgaba la *Constitución dogmática sobre la divina revelación, Dei Verbum*. Quería que ésta fuera comprendida y recibida como la primera de sus Constituciones y por lo tanto, que su prólogo sirviera de pórtico al conjunto de sus textos. En este prólogo, la Iglesia se descubre a sí misma frente a la Palabra de Dios, en obediencia al texto joánico que acabamos de leer:

El Sacrosanto Concilio, escuchando religiosamente LA PALABRA DE DIOS y proclamándola confiadamente, obedece las palabras de San Juan que dice: “Les anunciamos la vida eterna, que estaba junto al Padre y se nos manifestó; lo que vimos y oímos se lo anunciamos, para que tengan también ustedes comunión con nosotros; y esta comunión nuestra sea con el Padre y con su Hijo Jesucristo” (1 Jn 1,2-3). (DV 1)

La asamblea conciliar, discípulos que escuchan y misioneros que proclaman, se confiesa estando permanentemente “bajo” la Palabra de Dios, la única que los constituye precisamente como una comunión obediente y misionera, de la que brotan su identidad y su misión. La expresión manifiesta “el señorío de la palabra de Dios, su lugar por sobre todo discurso y sobre toda acción, incluso de la Iglesia”; al mismo tiempo, aquí “la totalidad de la existencia de la Iglesia brota de lo alto, su entero ser se resume en el gesto de la escucha, el único del cual puede provenir todo su anuncio.”¹ Ya la frase inicial da el primer elemento para una “eclesiología” de *Dei Verbum*: la Iglesia como *Criatura Verbi*.

Así pues, con la enseñanza doctrinal en clave pastoral que quiere proponer en *Dei Verbum*, el Concilio se relativiza a sí mismo, poniéndose al servicio de una comunicación de Vida y salvación, entre el “nosotros” de la Trinidad Santa y el “ustedes” del mundo entero.

El texto de DV 21, que abre su último capítulo (titulado *La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia*), revela una *dinámica entre Palabra e Iglesia* que vale la pena evidenciar. Como fundamento para la veneración de las sagradas Escrituras, recuerda en primer lugar el principio, tradicional en la Iglesia, de la unidad entre la Escritura y la Eucaristía como alimento para los fieles:

La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, sobre todo en la Sagrada Liturgia. (DV 21)

A continuación, reafirma la unidad de las Escrituras con la Tradición como regla suprema de la fe, pero también subraya su eficacia comunicativa fiel y actual de parte de Dios:

¹ J. RAZTINGER, “Dogmatische Konstitution über die göttliche Offenbarung”, en *Das Zweite Vatikanische Konzil. Konstitutionen, Dekrete und Erklärungen. Kommentare*, II, Freiburg – Basel – Wien, 1967, 504.

Siempre las ha considerado y considera, juntamente con la Sagrada Tradición, como la regla suprema de su fe, puesto que, inspiradas por Dios y escritas de una vez para siempre, *comunican inmutablemente la palabra del mismo Dios, y hacen resonar la voz del Espíritu Santo* en las palabras de los Profetas y de los Apóstoles.

Estos principios de orden doctrinal tienen consecuencias decisivas, vitales y normativas:

Es necesario, por consiguiente, que *toda la predicación eclesial, como la misma religión cristiana*, se nutra de la Sagrada Escritura, y se rija por ella.

El coloquio amoroso del Padre celestial con sus hijos se realiza en la Escritura, llena de la fuerza de su Palabra, apoyo, fortaleza y alimento para la vida de la Iglesia, que como madre alimenta con ella a sus hijos, los hijos de Dios:

Porque en los sagrados libros el Padre que está en los cielos se dirige con amor a sus hijos y habla con ellos; y es tanta *la fuerza y eficacia que radica en la palabra de Dios*, que es, en verdad, apoyo y vigor de la Iglesia, y fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual.

La última frase, que nos interesa especialmente, se enlaza con “De donde/Por eso”:

De donde (Unde) valen excelentemente para la Sagrada Escritura estas frases: “Pues la palabra de Dios es viva y eficaz” (Hbr 4,12), “que puede edificar y dar la herencia a todos los que han sido santificados” (Hch 20,32; cf. 1 Ts 2,13).

El proceso hermenéutico que se ha realizado es complejo y resulta, en cierto sentido, sorprendente. Como punto de partida *se constata la fecundidad actual de la Palabra de Dios en la vida concreta de la Iglesia*. Desde allí *se lee el texto sagrado* que afirma esa fecundidad de la Palabra en general y entonces *se concluye* no sólo *la verdad de su contenido* –notémoslo de nuevo, ¡a causa de la eficacia visible de su vitalidad!– sino también *la óptima cualidad de su modo (excelentemente)*, es decir, Escritura, modalidad y modulación de la Palabra.

No debería, quizás, sorprendernos tanto. Si nos parece coherente partir *de la Escritura* para redescubrir la vitalidad de la Iglesia, ¿acaso no debería resultar también coherente partir *de la vida de la Iglesia* para redescubrir la vitalidad de la Escritura?

2. En casa, servir la mesa: Palabra y Pan de Vida

Hemos recordado esta expresión novedosa (*una mesa*) de una verdad tradicional sobre la unidad entre la Palabra de Dios y la Eucaristía (más en general, los sacramentos) que juntos construyen la Iglesia:²

La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar *de la mesa* y de distribuir a los fieles *el pan de vida, tanto de la palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo*, sobre todo en la Sagrada Liturgia. (DV 21)

² Cf. S. PIÉ-NINOT, “Palabra y sacramento construyen la Iglesia”, en: C. O’DONNELL – S. PIÉ-NINOT (ed.), *Diccionario de Eclesiología*, Madrid, 2001, 815-821.

La visión unificada de la Biblia y de los Padres de la Iglesia se fue perdiendo en la historia, en parte por la falta de una reflexión teológica sobre la relación específica entre palabra y sacramento, sobre todo desde la Reforma del siglo XVI. La tradición luterana acentuaba la importancia de la Palabra (*Ecclesia est sub Verbo Dei; Evangelium fecit Ecclesiam*) y la tradición católica post-tridentina acentuaba la gracia a través de los sacramentos.

El Concilio Vaticano II ha recuperado desde las fuentes una experiencia originaria, unitaria y unificadora, que propone en su manantial permanentemente actual, la celebración litúrgica. El célebre número 7 de la Constitución *Sacrosanctum Concilium* dice:

Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro, "ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz", sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su fuerza en los Sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es El quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: "Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos" (Mt., 18,20). Realmente, en esta obra tan grande por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo asocia siempre consigo a su amadísima Esposa la Iglesia, que invoca a su Señor y por El tributa culto al Padre Eterno. (SC 7)

La forma de la economía de la revelación (*hechos y palabras intrínsecamente conexos entre sí, DV 2*) encuentra su correspondencia en la misma celebración litúrgica:

En la celebración litúrgica la importancia de *la Sagrada Escritura* es sumamente grande. Pues de ella se toman las lecturas que luego se explican en la homilía, y los salmos que se cantan, las preces, oraciones e himnos litúrgicos están penetrados de su espíritu y *de ella reciben su significado las acciones y los signos. (SC 24)*

Esta teología recuperada en el Concilio debe, como la realidad misma que trata de saborear, comprender y comunicar, llevarse a la práctica para que ofrezca sus frutos. Es la esperanza expresada para toda la Iglesia en el final de *Dei Verbum*:

Como la vida de la Iglesia recibe su incremento de *la frecuentación asidua del misterio Eucarístico*, así es de esperar un nuevo impulso de la vida espiritual de *la acrecida veneración de la palabra de Dios* que "permanece para siempre" (Is 40,8; cf. 1 P 1,23-25). (DV 26)

3. Jesús, Pan dado: creer, comer, vivir

En esta sección, la más detallada, se propondrá la lectura comentada del capítulo 6 del evangelio según san Juan, deteniéndose en el discurso del Pan de Vida (6,35-71) que se presentará articulado en tres secciones, como indican los subtítulos.

La lectura atenderá a *dos niveles* en el texto, el primero que con coherencia refiere todo el discurso a la persona de Jesús en quien hay que creer para vivir (Palabra encarnada, entregado hasta la muerte y vuelto al Padre) y el segundo en clave sacramental eucarística (comunidad joánica postpascual). La unidad de la narración y la articulación entre las partes permitirá, al final, relacionar las acentuaciones que las

distintas tradiciones cristianas han valorado y que claman por la unidad, ya desde el texto mismo, es decir:

La Palabra a recibir en la fe	(tradición protestante)
El Cuerpo sacrificado a comulgar	(tradición católica)
El Espíritu Santo que vivifica	(tradición ortodoxa)

^{6,1}Después de esto, **JESÚS** se fue al otro lado del mar de Galilea, hacia la región de Tiberíades. ²Lo seguía **UNA GRAN MULTITUD**, porque se habían visto los signos que hacía sobre los enfermos. ³Jesús subió a la montaña y se sentó allí con **SUS DISCÍPULOS**. ⁴Se acercaba la Pascua, la fiesta de los judíos.

⁵Al levantar los ojos, Jesús vio que una gran multitud acudía a él y dijo a **Felipe**: “¿Dónde compraremos pan para darles de comer?” ⁶Él decía esto para ponerlo a prueba, porque sabía bien lo que iba a hacer. ⁷Felipe le respondió: “Doscientos denarios no bastarían para que cada uno reciba un pedacito”. ⁸Uno de sus discípulos, **Andrés**, el hermano de Simón Pedro, le dijo: ⁹“Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos pececillos, pero ¿qué es esto para tanta gente?” ¹⁰Jesús le respondió: “Háganlos sentar”. Había mucho pasto en ese lugar. Todos se sentaron y eran unos cinco mil hombres.

¹¹Jesús tomó los panes, dio gracias y los distribuyó a los que estaban sentados. Lo mismo hizo con los pececillos, tanto como querían. ¹²Cuando todos quedaron satisfechos, dijo a sus discípulos: “Reúnan los pedazos que sobran, para que no se pierda nada”. ¹³Los reunieron, pues, y llenaron doce canastas con los pedazos que sobraron de los cinco panes de cebada que habían quedado de lo que habían comido. ¹⁴Al ver el signo que Jesús acababa de hacer, la gente decía: “Este es, verdaderamente, el Profeta que debe venir al mundo”. ¹⁵Jesús, sabiendo que querían apoderarse de él para hacerlo rey, se retiró más allá, solo a la montaña.

¹⁶Al atardecer, **sus discípulos** bajaron a la orilla del mar ¹⁷y se embarcaron, para dirigirse a Cafarnaún, que está en la otra orilla. Ya era de noche y Jesús aún no había venido a ellos. ¹⁸El mar estaba agitado, porque soplaba un fuerte viento. ¹⁹Cuando habían remado unos cinco kilómetros, vieron a **Jesús** acercarse a la barca caminando sobre el agua, y tuvieron miedo. ²⁰Él les dijo: “¡Soy yo! ¡Dejen de temer!”. ²¹Ellos quisieron recibirlo en la barca, pero esta tocó tierra en seguida en el lugar adonde iban.

²²Al día siguiente, **la multitud** que se había quedado en la otra orilla vio que Jesús no había subido con sus discípulos en la única barca que había allí, sino que ellos habían partido solos. ²³Mientras tanto, unas barcas de Tiberíades atracaron cerca del lugar donde habían comido el pan, después de que el Señor dio gracias. ²⁴Cuando la multitud se dio cuenta de que Jesús y sus discípulos no estaban allí, subieron a las barcas y fueron a Cafarnaún en busca de **Jesús**. ²⁵Al encontrarlo en la otra orilla le preguntaron: “Rabí, ¿cuándo llegaste?”.

²⁶Jesús les respondió:

“Amen, amén, yo les digo:

ustedes me buscan, no porque vieron signos, sino porque han comido pan hasta saciarse.

²⁷Obren, no por el alimento perecedero,

sino por el alimento que permanece para Vida eterna,

el que les dará el Hijo del hombre,

porque es él a quien Dios, el Padre, marcó con su sello”.

²⁸Ellos le preguntaron: “¿Qué debemos hacer para obrar las obras de Dios?”.

²⁹Jesús les respondió: “La obra de Dios es que ustedes crean en aquel que él ha enviado”.

³⁰Y volvieron a preguntarle: “¿Qué signos haces para que veamos y creamos en ti? ¿Cuál es tu obra?” ³¹Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito:

Les dio de comer un pan que venía del cielo”. (Ex 16,4.15; Sal 77,24; Sab 16,20)

³²Jesús respondió:

“Amén, amén, yo les digo:

no es Moisés el que les dio el pan que venía del cielo;
es mi Padre el que les da el verdadero pan que viene del cielo;
³³porque el pan de Dios es el que desciende del cielo y da Vida al mundo”.
³⁴Ellos le dijeron: “Señor, danos siempre de ese pan”.

A. Jesús, Pan del cielo – creer en él

³⁵Jesús les respondió:
“Yo soy el pan de Vida.
El que viene a mí jamás tendrá hambre; El que cree en mí jamás tendrá sed.
³⁶Pero ya les he hablado `a ustedes´, porque ustedes me han visto, pero no creen.
³⁷Todo(s) lo(s) que me da el Padre vendrá a mí, y al que venga a mí yo no lo rechazaré,
³⁸porque he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la de aquel que me envió.
³⁹La voluntad del que me ha enviado
es que yo no pierda nada de lo que él me dio,
sino que lo resucite en el último día.
⁴⁰Esta es la voluntad de mi Padre:
que el que ve al Hijo y cree en él tenga Vida eterna
y yo lo resucitaré en el último día”.
⁴¹Los judíos murmuraban de él, porque había dicho: “Yo soy el pan bajado del cielo”.
⁴²Y decían: “¿Acaso este no es Jesús, el hijo de José? Nosotros conocemos a su padre y a su madre. ¿Cómo puede decir ahora: “Yo he bajado del cielo”?”.
⁴³Jesús tomó la palabra y les dijo:
“¡No murmuren entre ustedes!
⁴⁴Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre que me envió;
y yo lo resucitaré en el último día.
⁴⁵Está escrito en el libro de los Profetas: *Todos serán instruidos por Dios.* (Is 54,13)
Todo el que oyó al Padre y recibe su enseñanza, viene a mí.
⁴⁶Nadie ha visto nunca al Padre, sino el que viene de Dios:
sólo él ha visto al Padre.
⁴⁷Amén, amén, yo les digo: el que cree, tiene Vida eterna.

B. Jesús, Pan vivo que se da a comer

⁴⁸Yo soy el pan de Vida.
⁴⁹Sus padres, en el desierto, comieron el maná... y murieron.
⁵⁰Así es el pan que desciende del cielo: aquel que lo come no muere.
⁵¹Yo soy el pan vivo bajado del cielo.
El que coma de este pan vivirá eternamente. ¡Más aún! el pan que yo daré
es mi carne para la Vida del mundo”.
⁵²Los judíos discutían entre sí, diciendo:
“¿Cómo este hombre puede darnos a comer su carne?”
⁵³Jesús les respondió:
“Amén, amén, yo les digo:
si no comen la carne del Hijo del hombre y no beben su sangre,
no tendrán Vida en ustedes.
⁵⁴El que come mi carne y bebe mi sangre tiene Vida eterna,
y yo lo resucitaré en el último día.
⁵⁵Sí, mi carne es la verdadera comida y mi sangre, la verdadera bebida.
⁵⁶El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él.
⁵⁷Así como yo, que he sido enviado por el Padre que tiene Vida, vivo por el Padre,
de la misma manera, el que me come vivirá por mí.
⁵⁸Así es el pan bajado del cielo;
no como el que comieron sus padres... ¡y murieron!
El que coma de este pan vivirá eternamente”.

C. Jesús, el Espíritu y la Vida

⁵⁹**Jesús** enseñaba todo esto en la sinagoga de Cafarnaún.

⁶⁰Después de oírlo, **muchos de sus discípulos** decían:

“¡Es duro este lenguaje! ¿Quién puede escucharlo?”

⁶¹Jesús, sabiendo lo que sus discípulos murmuraban, les dijo:

“¿Esto los escandaliza?”

⁶²¿Qué pasará, entonces, cuando vean al Hijo del hombre subir donde estaba antes?

⁶³El Espíritu es el que da Vida, la carne de nada sirve.

Las palabras que les dije son Espíritu y Vida.

⁶⁴Pero hay entre ustedes algunos que no creen”.

En efecto, Jesús sabía desde el primer momento quiénes eran los que no creían y quién era el que lo iba a entregar. ⁶⁵Y agregó:

“Por esto les he dicho que nadie puede venir a mí, si el Padre no se lo concede”.

⁶⁶Por eso, muchos de sus discípulos se apartaron y ya no fueron con él.

⁶⁷**Jesús** preguntó a **los Doce**:

“¿También ustedes quieren irse?”

⁶⁸**Simón Pedro** le respondió.

“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de Vida eterna. ⁶⁹Nosotros hemos creído y sabemos que tú eres el Santo de Dios”.

⁷⁰Jesús continuó:

“¿No soy yo, acaso, el que los eligió a ustedes, los Doce? Sin embargo, uno de ustedes es un demonio”.

⁷¹Jesús hablaba de **Judas**, hijo de Simón Iscariote, el que lo iba a entregar, uno de los Doce.

¿Volver al principio...?

La primera Carta de Jn no se siente como un toque de ingenua suavidad, ni propone una contemplación intelectual cómoda ni deja oír una voz complaciente. Ella da cuenta de una ruptura de la comunidad joánica, que se había provocado invocando a Cristo y al Espíritu Paráclito. El “nosotros” que la escribe debe padecer, discernir, interpretar y volver a arriesgar la comunión en el Espíritu y la Verdad de Jesucristo, venido en carne y en sangre, enviado por su Padre, el Dios que es Amor (4,8.16). Debe exhortar y exigir el amor fraterno, pues “¿cómo puede amar a Dios, a quien no ve, el que no ama a su hermano, a quien ve?” (4,20). Como el Resucitado, también su comunidad (y el texto que la atestigua) debe padecer la encarnación y la pascua de la Palabra, sintiéndola en la carne sensible y sensata, debe atravesar la muerte de la comunión para dejarse recrear en su vulnerabilidad. Sólo entonces será capaz de hospedar de nuevo la Palabra de la Vida en el Espíritu.